

## **Manifestaciones de la vida cotidiana en la literatura cortés. La ideología como imaginario de la vida cotidiana.**

*Prof. Federico J. Asiss González*

El hecho de que el hombre siempre ha tenido una vida cotidiana, es una verdad de Perogrullo; mas, a pesar de encontrarnos permanentemente en contacto con ella, la vida cotidiana no ha sido objeto de reflexión por parte de las Ciencias Sociales y Humanas hasta hace relativamente pocas décadas, siendo el abordaje marxista uno de los primeros en ocuparse del tema<sup>1</sup>. Por nuestra parte en el presente trabajo seguiremos la línea teórica propuesta por autores que trabajan con postulados afines a los de la *New Cultural History*, como Alicia Lindón, quien, citando a Pietro Bellesi entiende lo cotidiano como el lugar eternamente naciente de la socialidad, la cual está compuesta por los discursos y las prácticas<sup>2</sup>, al presentarse “... como producción imaginaria y simbólica de las relaciones sociales, como ritualización incesante del vínculo social” (2000: 10). Asimismo, Goffman afirma que siempre abordamos nuestro mundo desde reglas culturales que regulan nuestra relación con los otros (1971: 71).

Ciertamente, el mundo simbólico que atraviesa la vida cotidiana es un elemento fundamental al momento de interpretar el modo en el que el hombre, social e individualmente, significa, a partir de su cultura<sup>3</sup>, su entorno inmediato y le asigna un “orden” determinado. Por lo cual, al analizar los rasgos y funciones que la aristocracia medieval le dio a sus espacios<sup>4</sup> de vida y a las actividades que en ellos desarrolló, conoceremos las representaciones<sup>5</sup> que se vincularon con algunos de los aspectos de la vida

---

<sup>1</sup> Agnes Heller, enmarcándose en la corriente marxista, dirá que la vida cotidiana es el “... conjunto de las actividades que caracterizan las reproducciones particulares creadoras de la posibilidad global y permanente de la reproducción social”. HELLER, A., *La revolución de la vida cotidiana*, Barcelona, Península, 1994 p. 9

<sup>2</sup> Cf. CHARTIER, R., *Escribir las prácticas. Foucault, De Certeau, Marin*, Trad. Horacio Pons, Bs. As., Manantial, 2006.

<sup>3</sup> Respecto a la conceptualización de la Cultura como una urdimbre de significaciones a partir de la cual los seres humanos interpretan su experiencia y orientan su acción Cf. GEERTZ, C., *La interpretación de las culturas*, Trad. Alberto Bixio, Barcelona, Gedisa, 2003.

<sup>4</sup> La naturaleza y el espacio en general son vistos como “lenguaje no verbal” que puede ser decodificado a través de “... las percepciones significativas que hablan del espacio tal como él es percibido...” y por medio de “... las prácticas significantes que dan cuenta del sujeto tal como se comporta y actúa en el espacio, y lo significativo para él y los otros”. LINDON, A. (Coord.), *La vida cotidiana y su espacio – temporalidad*, Barcelona, Anthropos, 2000 p. 12

<sup>5</sup> Chartier entiende a la representación como “...relacionada con una imagen presente y un objeto ausente, una que vale por la otra porque es homóloga...”. CHARTIER, R., *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Trad. Claudia Ferrari, Barcelona, Gedisa, 1992 p. 58.

cotidiana de aquellos hombres y que dejaron su huella en las obras literarias del género cortés<sup>6</sup>; las cuales serán utilizadas como fuentes históricas<sup>7</sup>.

A su vez, la brevedad de este trabajo no puede, ni pretende, agotar todos los aspectos de la vida cotidiana presentes en esas obras, por lo cual los tópicos de la vida cotidiana trabajados aquí no deben entenderse como los únicos considerados relevantes. Asimismo, es menester aclarar que como todo conocimiento derivado de la experiencia cotidiana, las características que la literatura cortés aportan sobre estos espacios sólo tienen consistencia local y no son susceptibles de universalización a todo el imaginario medieval ya que las mismas derivan de experiencias que la vinculan a un contexto determinado<sup>8</sup> para el cual tales explicaciones y significaciones son pragmáticamente pertinentes (Wagner, Hayes y Flores, 2010)

El hombre durante la Plena Edad Media desarrolló su vida tanto en el campo como en la ciudad<sup>9</sup>; pero, más allá del lugar en donde se encontrara, el castillo, como manifestación material del poder y la autoridad de los “señores” fue una edificación presente en las mentes de todos los hombres sin importar su rol o posición en la sociedad. En efecto, el castillo se configuró como un imponente símbolo de poder y estatus para las familias nobles de la Europa feudal que se proyectaba en la vida del pueblo como la imagen del dominio que el señor tenía sobre esas tierras y esos hombres. A su vez, también fue hogar de los que vivieron en su seno y, merced a la protección brindada por sus muros y almenas, en su interior se alojó el Palacio, sede de la corte medieval que se presentaba en el

---

<sup>6</sup>Es conveniente tener en cuenta que las creaciones literarias responden a un código de significados compartidos, que hace posible decodificar aquellos pasajes metafóricos de las obras. A su vez tal código hace que las historias que nos transmiten los romances no sean casos excepcionales dentro del imaginario medieval, sino que se nutren en tradiciones, leyendas y relatos que se alojan en la memoria y en la oralidad del pueblo, sirva de ejemplo el caso de Tristán e Iseo cuya historia encuentra sus primeros antecedentes en el mundo celta.

<sup>7</sup>Es pertinente manifestar que este trabajo no se propone abordar las obras literarias bajo una óptica propia del análisis literario o filológico, es decir que desde la metodología histórica las mismas serán sólo una fuente, una producción cultural, que nos habla de los hombres pretéritos al igual que otras muchas a las que se recurrirá a lo largo del trabajo. Sin embargo, no nos detendremos a realizar un estudio pormenorizado de la lógica interna de la obra o del autor que la produjo como sujeto individual, sino que, por el contrario, buscaremos acceder a las representaciones que nos hablan de cómo los hombres veían su mundo, cosmovisión que quedó plasmada en cada obra al margen de la historia que narra o de los matices propios de cada autor.

<sup>8</sup> Sobre este aspecto Jorge Belinsky afirma que todos los conceptos, por su complejidad, son polisémicos y dependen de su contexto histórico para ser decodificados, por ende “...sólo es definible [estrictamente] aquello que no tiene historia, para decirlo en términos nietzscheanos”. BELINSKY, J., *Lo imaginario: un estudio*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2007, p. 2.

<sup>9</sup>Cf. ZUMTHOR, P., *La medida del mundo. Representación del espacio en la Edad Media*, Madrid, Cátedra, 1994.

imaginario medieval como un ámbito afable, vinculado con el lujo, la disipación y la opulencia; y que, a diferencia del Castillo, es más íntimo<sup>10</sup>.

Tales rasgos mencionados hacen que el Castillo y el Palacio adquieran un peso tal dentro del imaginario medieval que los constituyen en arquetipos<sup>11</sup>; siendo el primero un modelo de verticalidad que asciende ante los ojos de los pobladores rompiendo la monotonía del paisaje desde un aparente abismo interior, el foso que lo rodea. Tal es su peso en la trama de las narraciones cortesanas que sus menciones son múltiples, mas siempre remiten a un estereotipo que repite, con más o menos detalles, una serie de elementos que configura la idea de “castillo”, impregnada por los conceptos de solidez y seguridad cimentados en los elementos más destacados y destacables de la edificación castellana, muros, rastrillos, puertas, puentes levadizos, entre otros.<sup>12</sup>

Así, el castillo pasa a ser un componente de la “fachada” (Goffman, 1994) del poder del señor feudal, es decir de la imagen que se espera que un hombre de su posición transmita a todo aquel que lo observa desempeñar su “papel” (Goffman, 1994). Ello se debe a que en la vida cotidiana ocurre que el uso liga un determinado espacio o medio a una función determinada<sup>13</sup>, provocando que dicha actuación ritualizada<sup>14</sup> no pueda comenzar

---

<sup>10</sup> Sobre este tema Jacques Le Goff expone que el palacio es una morada principesca o real, mientras que el Castillo es la de un simple señor. Asimismo, de las dos funciones esenciales que él encuentra en el Castillo en tanto edificación –militar y residencial– en el Castillo prima la primera por sobre la segunda, en tanto que en el Palacio se da el caso contrario. Además, agrega que el castillo se encuentra asociado al campo mientras que el Palacio a la ciudad. LE GOFF, J., *Héroes, maravillas y leyendas de la Edad Media*, Trad. José Miguel González Marcen, Madrid, Paidós, 2010 pp. 69 y 75.

<sup>11</sup> Wagner y Hayes apuntan que la cotidianeidad hace que manejemos un limitado número de datos que tenemos a nuestra disposición, es este número de datos conforma la forma material a partir del cual tienen lugar las experiencias de la vida cotidiana. En función de ellos se construye un esquema estereotípico que al posicionarse cognitivamente “...van a resistir cualquier intento de ser alterado, formando la base que dirige nuestra postura ante y el reconocimiento de estímulos similares.” Wagner, W.; HAYES, N. (autores) y FLORES PALACIO, F. (Ed.), *El discurso de lo cotidiano y el sentido común. La teoría de las representaciones sociales*, Trad. Juan Antonio Pérez, Barcelona, Anthropos, 2010 p. 46

<sup>12</sup> “...el castillo [de Monbrún] cuenta con [...] ocho puertas [...] [y] está constituido con gruesas piedras, oscuras y cuadradas; a su alrededor se encuentra amurallado y abundantemente almenado; sus torres son de color pardo. Y en el centro se alza, con mucha riqueza, una alta y erguida torre del homenaje, fuerte e inexpugnable” ANÓNIMO, *Jaufré*, Trad. Fernando Gómez Redondo, Madrid, Gredos, 1996 pp. 128 – 129.

<sup>13</sup> Tal función jugada por el castillo y el palacio no es menor, dado que el otorgar credibilidad a las relaciones intersubjetivas, intersubjetividad que se constituye, según Pollner, en requisito “...fundamental de la vida cotidiana, debido a que asumir una realidad sólo parece sensato siempre y cuando sea así para todos aquellos que participan cotidianamente en ella”, En WAGNER, W.; HAYES, N. (autores) y FLORES PALACIOS, F. (Ed.), Óp. cit. p. 59. El peso del consenso del colectivo social llega a ser tal que un individuo supedita la validez de la percepción directa a la armonía con la opinión del grupo de referencia; y ello se debe a que las ideas y categorías que forman nuestra cotidianeidad no son ideas derivadas de la acción sino, según Geertz, “ideas para actuar”, “no son modelos de la realidad sino modelos para la realidad” En *Ibíd.* p. 35. En efecto, son estereotipos, siempre útiles para dar un juicio espontáneo sobre determinado aspecto de la vida cotidiana, contruidos en función de una limitada cantidad de síntomas superficiales ligados por

hasta no encontrarse en ese “medio” (Goffman, 1994). Ciertamente, el vínculo existente entre el castillo y el efectivo ejercicio del poder en la mentalidad medieval<sup>15</sup> hacía imposible disociarlos.<sup>16</sup> Asimismo, exclusivamente en sus estancias se podía entronizar al nuevo conde, como nos comenta el narrador de la *chantefable*: “Le llevaron [a Aucassin] al castillo de *Beaucaire*, todos se consideran vasallos de él, y así gobernó su país en paz” (Anónimo, 1998: 82); lo cual indica que el castillo poseía una importancia central en el funcionamiento de las relaciones feudales y de la transmisión de los derechos sobre un territorio.

También, tal imagen pétreo, rígida, inexpugnable que trata de transmitírsenos a través de las narraciones está muy vinculada con las escenas y personajes que en torno a la fortificación militar se pueden encontrar. En primer lugar, es una constante en las fuentes consultadas el hecho de hacer referencia a la edificación como castillo en toda situación bélica o vinculada con la defensa de la heredad o la dinastía<sup>17</sup>; mientras que se utiliza el término palacio al referirse a la vida propiamente cortés y a las relaciones afables entre miembros de la nobleza. Por ende, los personajes que se vinculan al castillo son el rey, los

---

similitud y generalizados al resto de los casos, es decir que todo aquel ámbito que tenga elementos afines con un castillo o un palacio recibirá la carga simbólica de éstos.

<sup>14</sup> Los rituales que en los ámbitos aristocráticos se desarrollaban no son irrelevantes sino que se entremezclan en la propia representación que del castillo y el palacio; dado que los rituales no son formas vacías sino una secuenciación de actos coreografiados previamente a través de los cuales el sujeto controla y hace visibles las implicaciones simbólicas de su comportamiento cuando se halla directamente expuesto ante otro individuo, es decir que el ritual cumple una importante función reguladora de la acción a la vez que otorga credibilidad y fortaleza a la fachada social que la aristocracia buscaba transmitir de sí misma en momento de relevancia social como las coronaciones, las ordenaciones de caballeros o las grandes recepciones de invitados extranjeros. Cf. WOLF, M., *Sociologías de la vida cotidiana*, Trad. Sol Gavira, Madrid, Cátedra, 1988.

<sup>15</sup> En este sentido le advertía el conde Garín a su hijo Aucassin que “[...] si lo pierdes [al castillo], serás desheredado” ANONIMO, *Aucassin y Nicolette*, Trad. Álvaro Galmes de Fuentes, Madrid, Gredos, 1998 p. 48.

<sup>16</sup> Nos dice Pesez que el Castillo “... cumple la función de servir de signo, puesto que debe materializar, hacer perceptible, el lugar y el rango social que ocupa el dueño y el señor que habita en esa residencia”. PESEZ, J. M., *Castillo* en LE GOFF, J.; SCHMITT, J. C. (Eds.), *Diccionario razonado del Occidente medieval*, Trad. Ana Isabel Carrasco Manchado, Madrid, Akal 2003, p. 114.

<sup>17</sup> Así, el castillo sirve de escenario a Jaufré en una situación de combate con su enemigo, el caballero Tablante de Ricamonte: “Cuando salió del castillo [Jaufré], pensaba que iba a encontrar allí al caballero y comenzó a gritar a dos hombres que se hallaban cerca...” ANONIMO, *Jaufré*, Óp. cit. p. 71. A su vez, también se vuelve a hablar de castillo en ese roman, ya no en una situación de ataque, sino de defensa, en un asalto: “Esta noche [...] ha venido a asaltarnos a un castillo mío...” *Ibíd.* p. 75. También funciona como lugar de refugio y auxilio ante situaciones conflictivas o en trances de peligro, como ocurre en el momento en que Jaufré es enviado por pedido de un caballero malherido a avisar de sus lesiones a sus tropas para que vengan a socorrerlo: Jaufré “... ha llegado frente al castillo y ha visto a dos soldados que se encontraban fuera de la puerta, cada uno con una ballesta” a los que avisa sobre la situación de su señor. *Ibíd.* p. 77.

caballeros, fieles y enemigos del reino, y las tropas de ambos bandos. Todos ellos atravesados por términos como el honor, la nobleza, el linaje, la fidelidad, el arrojo.

La función militar y defensiva de éste espacio arquetípico del mundo medieval determina que el mismo se vincule directamente con la facultad de mando y dominio del señor sobre el territorio. Por ello, entre más castillos posea un noble mayor será su control sobre el territorio. Sirva de ejemplo el caso de *Brunisén*, dama de *Jaufré*, exaltada<sup>18</sup>, hasta el punto de la irrealidad<sup>19</sup>, en su poder y fuerza militar.

A su vez, el castillo representa también, como se dijo anteriormente, a la estirpe de la familia y al honor de la dinastía. En “El arte del juglar”, el *Delfín* afirma que “La razón por la que vale tanto la alta cuna es porque conduce a sus seguidores a obtener honor, a ir siempre adelante y a ser temidos, por lo cual son honrados por todo el mundo...” (Alvar, 1999: 192). Por ende, en la estirpe se entroncarían el poder y el temor que en el mundo genera su presencia, temor que el castillo debía provocar en los otros señores de la región y en los campesinos que a su sombra labraban las tierras. Sin embargo, más allá de los ascendientes<sup>20</sup>, lo que determinaba la nobleza del sujeto dentro del imaginario cortés era su formación y costumbres.<sup>21</sup>

---

<sup>18</sup>El narrador nos dice que “Ella posee un castillo maravilloso, en donde residen más de veinte mil caballeros y burgueses; ese castillo se llama Monbrún y, como él, tiene otros treinta de los que puede sacar, sin que nadie se atreva a desmentirme, un ejército de cien mil hombres, sin mucho esfuerzo”. ANONIMO, *Jaufré*, Óp. cit. p. 274.

<sup>19</sup> Cuando el narrador dice de forma hiperbólica que Brunisén tenía a su disposición un ejército de cien mil hombres busca exaltar el poder de la dama en cuestión con un ejército cuyo número sería deseado aun por el más grande rey europeo de la época dado que en la Primera Cruzada (1096) se movilizaron sesenta mil hombres, mientras que en la batalla de Bouvines (1214) la suma de ambos bandos dio un número total de cuarenta mil hombres. Tal situación no había mejorado un siglo después ya que Eduardo I de Inglaterra reunió en ocasiones unos veinticinco mil infantes y cinco mil jinetes. Al contrastar estos datos con el número de tropas de las que disponía Brunisén observamos la exageración de tal afirmación. BACHRACH, B., *La muralla romana* en PARKER, G. (ed.), *Historia de la Guerra*, Trad. José Luis Gil Aristu, Madrid, Akal, 2010, p. 88.

<sup>20</sup> Andreas Capellanus dirá, a través de la boca de un plebeyo en una *disputatio*, a una plebeya que ella goza de la más alta nobleza porque “[...] no fue tu nacimiento ni tu sangre lo que te [la] concedió [...] sino [...] tu singular virtud”. CAPELLANUS, A., *De amore*, Trad. Inés Creixel Vidal-Quadras, Barcelona, El Festín de Esopo, 1985, p. 127. Posteriormente reafirmará tal opinión al decir por la boca de un noble que “[...] hay muchas damas [...] que han usurpado este apelativo, creyendo equívocamente que lo son sólo por que descenden de sangre noble [...], cuando únicamente la integridad moral y la sabiduría hacen a las mujeres dignas de este apelativo”. *Ibid.* p. 225.

<sup>21</sup>En *El arte del juglar* de Raimon Vidal de Besalú el *Delfín* manifiesta que esos rasgos de alta cuna “... no serían preciados [...] sino tuvieran buenos conocimientos [...] Llegan, pues, a ser considerados honrados, preciados y valientes por su corazón y por sus conocimientos, no por sus padres ni por su poder; por su buen corazón les vienen con frecuencia las risas, el juego y los placeres, y no por su estirpe o por otras frivolidades” En ALVAR, C. (Dir.), *Castigos para celosos, consejos para juglares*, Trad. Jesús Rodríguez Velazco. Barcelona, Gredos, 1999 p. 192.

Aquellos hombres probos, cultos, valientes y refinados encuentran como su ámbito por excelencia al Palacio, sitio en el que el alimento tiene un rol fundamental. Ciertamente, en una sociedad como la medieval, a una mala cosecha de distancia de la hambruna, el dispendio de comida era un signo de riqueza y en última instancia de nobleza y primacía. Por tanto, las menciones a la abundancia de alimentos y a las mesas bien servidas fueron profusas y detalladamente descriptas<sup>22</sup> en pos de exaltar a la nobleza, pero también la delgadez física fue signo de una “flaqueza de corazón” que no se condecía con el ideal de un buen caballero.<sup>23</sup>

En esas descripciones de banquetes cortesés, encontramos reiteradas menciones a ingentes cantidades de carne, sobre todo aves de corral y silvestres, ausentes en la dieta del campesinado, basada en vegetales y gachas, completada con productos silvestres obtenidos de incursiones regulares a los bosques linderos a los poblados.<sup>24</sup> Pero, ¿por qué se le dedica tanto esfuerzo a transmitir al espectador/lector de éstas obras cortesés la abundancia y variedad de comidas? Pensamos que una descripción tan minuciosa de la comida, basada en la abundancia y variedad de carnes, parece responder más a una ensoñación, a una imagen paradisiaca, más gustosa de oír por una persona famélica o que ha sufrido los rigores del hambre, como es el campesinado, que a una nobleza con una vida mucho más disipada y

---

<sup>22</sup> En el *roman Jaufré* encontramos una muy detallada descripción de los alimentos servidos en esas cortes idealizadas en las que nunca “Nada de lo que un rico hombre pudiera desear para comer faltó en la mesa...”. ANÓNIMO, *Jaufré*, Óp. cit. p. 64. En ésta novela occitana se menciona que en la corte del rey Arturo se sirvió “... los caldos [...] [luego] grullas, avutardas y pavos, cisnes, ocas y capones, gordas gallinas y perdices, panes blancos y buenos vinos; de todo había allí en abundancia y cada uno no se ocupaba más que de comer”. *Ibid.* pp. 63 – 64. Otra detallada descripción en éste *roman* relata que “...la cena fue dispuesta [...] el botellero, apareció con cerca de veinte mil donceles, todos vestidos de cendal bermejo, llevando en su cuello blancas servilletas, suaves y limpias, y bandejas de plata con copas de oro: jamás se había visto un tesoro parecido [...] Jamás se había visto una corte servida con tanta riqueza: sin mentir, bien os puedo asegurar que no es posible imaginar en el mundo un jabalí o alguna comida extraña que no se encontrara aquí en suficiente cantidad para que se comiera de ella cuanto se quisiera. Y los juglares que se encontraban en el palacio tocaron con la viola canciones y lais, danzas y cantares de gesta. Nunca se había visto fiesta igual. Todos escuchaban a los juglares, de modo que dejaban los manjares para oírlos.” *Ibid.* pp. 278 – 279

<sup>23</sup> Sobre el particular el Delfín mencionado en “El arte del juglar” nos dice que los malos caballeros eran “...flacos, perezosos y falsos...” y asegura que la falta de un “corazón honrado y noble” ha hecho de los señores “...avaros, flacos y malvados...”. En ALVAR, Óp. cit. pp. 190 – 191.

<sup>24</sup> Cf. RIERA I MELIS, A. y otros, *Representaciones de la sociedad en la historia. De la autocomplacencia a la utopía*. Valladolid, Instituto de Historia Simancas, 1991; MONTANARI, M., Alimentación en LE GOFF, J.; SCHMITT, J. C. (eds.), *Op. cit.*, p. 17.

alejada de la inseguridad alimenticia constante<sup>25</sup>; asimismo, el exaltar el poder de la nobleza a través de la alimentación sería un mensaje fácilmente comprensible por parte de los sectores sometidos al poder de la nobleza. Prueba de ello es el hecho de que se mencionen banquetes basados en una variedad muy amplia de aves, las cuales al poseer la capacidad de volar se convertían en un alimento “superior”, alejado de la rusticidad de la tierra, destinado al estamento “superior”; pero, también, las aves constituían un producto cárnico difícilmente consumible por el campesinado, ya que el ave con vida le proveía huevos con regularidad, a la vez que las aves eran parte del censo que el campesinado pagaba al señor del feudo.

Mas, las imágenes de abundantes mesas eran un elemento más publicitario que real hasta en las mesas de la nobleza ya que ni siquiera ella podía mantener cotidianamente una dieta tan onerosa, limitándose en su intimidad a alimentarse con productos sencillos cercanos a la dieta campesina. Ello resulta interesante debido a que tal realidad, a diferencia de los banquetes, no fue publicitada ni dada a conocer *vox populi* a través de las historias cortesas, lo cual podría responder al intento de no debilitar la imagen de poder y riqueza de las casas nobles.

Estas profusas descripciones sobre pantagruélicos banquetes consideramos que condensan dos realidades de la vida cotidiana de los hombres del medioevo. Por un lado, tales descripciones responden al intento de la nobleza de promocionar y afianzar una imagen de poder económico que refuerza el estereotipo, la fachada social<sup>26</sup>, que se tiene del sector aristocrático medieval. Y, por el otro, tal carácter propagandísticos se ve reforzado por el hecho de que las descripciones sobre espacios exteriores, a la vista de todo el mundo,

---

<sup>25</sup> De la misma opinión es Massimo Montanari, al decir que “La ecuación «poder=alimento» [...] no puede, evidentemente, tener un significado tal más que en una sociedad y en una cultura angustiada por el problema del hambre cotidiana”. MONTANARI, M., Alimentación en LE GOFF, J.; SCHMITT, J. C. (eds.), Op. cit., p. 17.

<sup>26</sup> En efecto, la fachada social “... tiende a institucionalizarse en función de las expectativas estereotipadas abstractas a las cuales da origen, y tiende a adoptar una significación y estabilidad al margen de las tareas específicas que en ese momento resultan ser realizadas en su nombre. La fachada se convierte en una <representación colectiva> y en una realidad empírica por derecho propio” GOFFMAN, E., *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Trad. Hildegarte Torres y Flora Setero, Bs. As., Amorrortu, 1994 p. 39. Mas, tal fachada no puede ser creada ex nihilo sino que debe moldearse para adecuarla a la “... comprensión y expectativas de la sociedad en la cual se presenta...”; es decir, debe recurrir a las creencias, las significaciones y representaciones que el pueblo posee y a través de los cuales podrá decodificar el mensaje que la nobleza trata de difundir. Tal intento de mostrar superioridad y poder por parte de la aristocracia se vio retroalimentada por la tendencia a idealizar a los estratos superiores, tratando de emular sus costumbres en pos de ascender socialmente. *Ibíd.* p. 46

sea más detallada y completa, como en el caso de las defensas del castillo; mientras que el palacio, ambiente excluido de la vista pública se define más por las funciones que acoge<sup>27</sup> que por los rasgos arquitectónicos que lo definen, los cuales no estarían a la vista del pueblo.

También, al igual que el castillo, este espacio interior se define por las personas que moran en él. Un villano, sin modales ni cortesía, no tendría nada que hacer en este ámbito para el imaginario, dado que el palacio era el templo del ideario cortesano. En el Palacio residía permanente o transitoriamente la corte, por lo cual encontramos “...reyes, condes y duques” (Anónimo, 1996: 63), “...damas bien educadas...” (Anónimo, 1996: 127) y “...gentes de muy diversas condiciones, caballeros, juglares y soldaderas” (Anónimo, 1996: 54 – 55); además de personas que realizan los trabajos de mantenimiento de la corte, “...menestrales, burgueses y [...] jóvenes cortesanos...” (Anónimo, 1996: 127).

Pero, ¿hasta qué punto estas descripciones de los palacios como fragmentos del paraíso o de un *Valhala* nórdico en el que los caballeros se deleitan los sentidos con damas, comida, música, bebidas e historias de combates y aventuras, se correspondía con la realidad? ¿Cuánto de idealización cobijan estos relatos? ¿Por qué se evita mencionar cómo era físicamente el lugar? ¿Qué fin tiene el resaltar las cenas pantagruélicas y las diversiones sin hacer mención al clima, la luz ni los olores que allí se respiraban?

Pues, la causa parece ser que la situación no era tan paradisiaca como se nos narra o cómo podríamos creer desde nuestra comodidad hogareña. No obstante, para los campesinos que estaban dispersos o reunidos en poblados la vida castellana, aparte de segura, tenía un confort que jamás podrían pensar para sí, el cual era exaltado en sus virtudes por la nobleza para resaltar su superioridad.<sup>28</sup>

Si bien el castillo había ido mutando a lo largo de los siglos XI, XII y XIII y especializando sus funciones, surgiendo dependencias para el almacenaje del alimento y la

---

<sup>27</sup>En “Jaufré” se nos dice que luego de oír misa, el rey Arturo y su corte “... se retiraron para el palacio, con gozo, con alboroto y ganas de divertirse. Allí comienzan a entretenerse y cada uno cuenta lo que le place: algunos hablan de amores y otros de caballería, de las aventuras que quisieran probar y de los lugares donde podrían encontrarlas” ANONIMO, *Jaufré*, Óp. cit. pp. 53 – 54.

<sup>28</sup>El campesinado medieval pasaba sus noches en chozas de materiales perecederos como la madera y la paja, con una sola habitación que compartían y tenía múltiples usos, siendo desde cocina, pasando por comedor y llegando a ser el dormitorio donde pernoctaba la familia completa. Cf. FOSSIER, R., *La Edad Media. 2. El despertar de Europa 950 – 1250*, Trad. Manuel Sánchez (rev. y coord.) y otros, Barcelona, Crítica, 1988



cocina, otras destinadas a la defensa, y un sector conocido como “planta noble” en la que la familia tenía sus habitaciones y ámbitos de socialización; tal especialización no eliminó la naturaleza colectiva del castillo. Robert Fossier en su obra “La Edad Media” rescata la descripción de un castillo europeo del siglo XII (Fossier, 1988: 317) que es conveniente traer a colación a fin de enmarcar las posibilidades reales de éste espacio. Así entre otras dependencias, el castillo poseía una sala, un *solier* o lugar de reunión de la familia donde dormían sobre jergones, los primos, criados y vasallos. También contaba con la *camera*, habitación en la que duerme la pareja señorial y se utiliza para el coito con fines reproductivos.<sup>29</sup> Es por ello que allí se encuentra el lecho encortinado y a sus pies el baúl en el que se guardan los trajes, títulos y pergaminos, además del dinero.

Asimismo, todas estas habitaciones eran húmedas, frías e insalubres<sup>30</sup> lo cual queda demostrado por el hecho de que se destinaba, y destaca, una, más cálida y seca por la presencia de fuego permanentemente en ella, llamada *secretarium*, para alojar a niños y enfermos; además de ser usada por las damas para hilar y como ámbito de disipación, ya que en ella se escuchaban las zanfoñas, el salterio o las obras trovadorescas.

Por último, mientras que en el Castillo, como estructura defensiva vinculado con el poder y dominio de un personaje sobre un determinado territorio, es eminentemente un ámbito masculino; por el contrario, el Palacio no se puede concebir sin la presencia de la mujer, es ella la que hace amable y gozosa la estancia en esa sala.<sup>31</sup> Pero no es un espacio

---

<sup>29</sup> Verdón plantea que la alcoba es el lugar donde se efectúa la unión de los sexos; pero para ser dignos de hacer el amor en la cama, hay que merecerlo. En los romances corteses, las situaciones equivocadas son poco comunes. Sólo en “Florimont” de Aymon de Verennes y en “Perceval” de Chrétien de Troyes se ve al héroe y la heroína juntos en la misma cama, sin que se conozca el desenlace de sus caricias. Para los hombres de la Edad Media, el hecho de tener una mujer en su cama “bajo las mantas” es sinónimo de amor carnal. VERDÓN, J., *El amor en la Edad Media. La carne, el sexo y el sentimiento*, Trad. Marta Pino Moreno, Barcelona, Paidós, 2008 pp. 147 – 148.

<sup>30</sup> Las dimensiones de los castillos, además de su composición pétreo, hacían imposible el regular su temperatura por medio de la quema de madera, debido a lo oneroso de esta práctica; la única opción disponible era el cubrir los húmedos y sombríos muros con tapices bellamente adornados que aislaban en alguna medida de las inclemencias del tiempo. Recién a fines de la Edad Media el problema de la calefacción se atenuará con la generalización de las chimeneas murales, pero en épocas anteriores se recurría a medio menos eficientes como la circulación de braseros con ruedas y con la colocación de esteras sobre las baldosas de barro para atenuar el frío, junto con los tapices que aislaban los muros, aunque su elevado costo los hacía escasos. Cf. PESEZ, J. M., *Castillo* en LE GOFF, J.; SCHMITT, J. C., *Óp. cit.*, p. 124.

<sup>31</sup> Un ejemplo de tal afirmación lo encontramos en la secuencia realizada por una doncella tras el arribo de Jaufré a un castillo: ...vieron salir de una cámara una doncella, agradable, bonita y bella, que traía un manto con el que Jaufré se cubrió y un cojín de seda [...] para que se apoyara. Luego, se sienta a su lado y hablaron a su entero solaz, hasta que les avisaron para que se lavaran [...] En cuanto Jaufré se levantó, ya estaba [...] la doncella junto a él para ayudarlo a lavarse

que se brinde a la mujer sino pensado para el deleite masculino. Así, el castillo y el palacio, dentro de la literatura amorosa, se constituyen en espacios representacionales de las dos facetas que definen al estamento nobiliario dentro de la sociedad medieval, la guerrera y cortesana respectivamente. El noble se definiría por los espacios que frecuenta; en ellos se apropia de los sistemas de hábitos y técnicas inherentes a su estamento que se despliegan en espacios castellanos y palaciegos.

A modo de conclusión, podemos decir que, según se ha visto, la exaltación de ciertos espacios y ritos, cotidianamente repetidos por la aristocracia, en las historias del Amor Cortés consultadas responde al interés de demostrar la superioridad y el poder que la nobleza poseía frente al pueblo. En pos de este fin construyeron un imaginario de su propia vida, el cual difundieron dentro del entramado de las historias cortesanas, que se asentaba tanto en la ocupación del espacio común por medio de edificaciones enormes como el castillo y de actos más recogidos pero de enorme carga simbólica y social como el refinamiento de modales y la disposición de banquetes como elemento cotidiano en la dieta de la aristocracia, situación que distaba en gran parte de su vida cotidiana. En este marco tomar sentido la máxima expresada por Julio Cesar al ser consultado sobre la causa de su divorcio de Pompeya Sila, la cual es rescatada por Plutarco de la siguiente manera: *Mulier Caesaris non fitsuspectaetiamsuspicione vacare debet*. Es decir, en la vida cotidiana, espacio por excelencia de la sociabilidad, no sólo basta con “ser” noble, sino que también el individuo debe demostrar en sus actos la carga simbólica que tal posición le asigna, ya que, como se dijo anteriormente, el peso del consenso social, sumado a las representaciones que anidan en las fachadas sociales, hace posible que a determinado individuo o familia se le asigne un rol de privilegio en el entramado social; rol que la aristocracia deseaba reforzar en su imagen estereotípica a través de las historias cortesanas con el fin de reafirmar y justificar el orden social imperante.

#### **Bibliografía:**

- ALVAR, C. (Dir.), *Castigos para celosos, consejos para juglares*, Trad. Jesús Rodríguez Velazco, Barcelona, Gredos, 1999.
- ANÓNIMO, *Aucassin y Nicolette*, Trad. Álvaro Galmes de Fuentes, Madrid, Gredos, 1998.
- ANÓNIMO, *Jaufré*, Trad. Fernando Gomez Redondo, Madrid, Gredos, 1996.

---

[...] [luego] se han acercado a la mesa, donde se han sentado [...] la doncella se situó delante de Jaufre y le sirvió con gentileza un pavo real asado que ella misma había trinchado [...] [y luego de comer] la doncella se dirigió a la cámara para preparar los lechos...”. ANONIMO, *Jaufre*, Óp. cit. p. 160

- BACHRACH, B., Las murallas romanas en PARKER, G. (Ed.), *Historia de la Guerra*, Trad. José Luis Gil Aristu, Madrid, Akal, 2010, pp. 69 – 90.
- BELINSKY, J., *Lo imaginario: un estudio*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2007.
- CAPELLANUS, A., *De amore*, Trad. Inés Creixel Vidal-Quadras, Barcelona, El Festín de Esopo, 1985.
- CHARTIER, R., *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Trad. Claudia Ferrari, Barcelona, Gedisa, 1992.
- \_\_\_\_\_, *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin*. Trad. Horacio Pons. Buenos Aires: Manantial, 2006.
- FOSSIER, R., *La Edad Media. 2. El despertar de Europa 950 – 1250*, Trad. Manuel Sánchez (rev. y coord.) y otros, Barcelona, Crítica, 1988.
- GOFFMAN, E., *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Trad. Hildegard Torres y Flora Setero, Bs. As., Amorrortu, 1994.
- HELLER, A., *La revolución de la vida cotidiana*, Barcelona, Península, 1994.
- LE GOFF, J., *Héroes, maravillas y leyendas de la Edad Media*, Trad. José Miguel González Marcen, Madrid, Paidós, 2010.
- LINDON, A. Del campo de la vida cotidiana y su espacio-temporalidad (una presentación) en LINDON, A. (Coord.), *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*, Barcelona, Anthropos, 2000.
- MONTANARI, M., Alimentación en LE GOFF, J.; SCHMITT, J. C. (eds.), *Diccionario razonado del Occidente medieval*, Trad. Ana Isabel Carrasco Manchado, Madrid, Akal, 2003, pp. 13 – 22.
- PESEZ, J. M., Castillo en LE GOFF, J.; SCHMITT, J. C. (eds.), *Diccionario razonado del Occidente medieval*, Trad. Ana Isabel Carrasco Manchado, Madrid, Akal, 2003, pp. 114 – 127.
- VERDÓN, J., *El amor en la Edad Media. La carne, el sexo y el sentimiento*, Trad. Marta Pino Moreno, Barcelona, Paidós, 2008.
- WAGNER, W.; HAYES, N. (autores); FLORES PALACIOS, F. (Ed.), *El discurso de lo cotidiano y el sentido común. La teoría de las representaciones sociales*, Trad. Juan Antonio Pérez, Barcelona, Anthropos, 2010.